

hombres de tropas, conforme con las tradiciones de la monarquía, y abrirle dos caminos militares á través de las montañas ¹.

Sin razón, pues, aunque llevados por un sentimiento natural de amor propio, los Suizos se consideran como una raza elegida, superior á sus vecinos por los méritos: bajo el imperio de esa cómoda filosofía que atribuye la desgracia á los pecados y la felicidad á la virtud, los habitantes de los cantones republicanos de los Alpes y del Jura suelen alabarse de ser mucho mejores que los Franceses, Alemanes é Italianos, aunque el hecho mismo de la unión entre poblaciones de lenguas diferentes en una confederación demuestra suficientemente la influencia capital determinante del relieve helvético. A los montes protectores y á las condiciones especiales que de los mismos se derivan deben los Suizos su libertad política; el respeto de los derechos humanos no existe allí, puesto que la principal industria de los cantones suizos, desde la Edad Media hasta el principio de este siglo, consistió en vender hombres á todos los tiranos de Europa: todavía se encuentran en los valles alpinos ancianos que se alaban de haberse contado entre tales mercenarios. A pesar de la proclamación de la neutralidad permanente que, después de 1815, hizo á Suiza una situación completamente aparte en el conjunto de la política europea, los cantones continuaron suministrando tropas á diferentes Estados, Francia, Países Bajos y Prusia. En 1816 se contaban unos 30,000 soldados suizos suministrados á los soberanos extranjeros ². Por último, la constitución federal de 1848 prohibió los alistamientos para el servicio militar extranjero, aunque sin lograr suprimirlos por completo: hasta 1859 esa venta de hombres no se consideró como criminal ³.

Revoluciones análogas á la de Suiza se produjeron por efecto del gran impulso general en los Estados de la península italiana. Allí también el siglo XVIII había hecho su obra preparatoria para el cambio de equilibrio. El impulso, que había sido bastante poderoso para obligar al papa Clemente XIV á condenar y expulsar los jesuitas y que había dictado á Beccaria su libro de noble humanidad sobre *Los Delitos y las Penas*, agitaba toda la sociedad burguesa, sobre

¹ Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, ps. 50, 51.

² E. van Muyden, *Essais Historiques, la Suisse sous le pacte de 1815*, tomo I, ps. 531 y siguientes.

³ Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, p. 93.

todo en el norte de Italia y en Toscana. También fué suscitada la cuestión de la propiedad, y se llegó hasta el atrevimiento de poner

N.º 435. Las repúblicas hermanas.



1 : 20 000 000

0 250 500 1000 Kil.

La república Bática vivió de 1795 á 1806; la república Helvética se transformó en 1798; la república Cispadana, formada el 16 de Octubre de 1796 al sud del Po, se incorporó á la república Cisalpina; ésta, fundada el 9 de Julio de 1797, se convirtió, en 1802, en la república Italiana con Bonaparte por presidente. La república Ligura data de 5 de Junio 1797 y se refundió en el imperio en 1805. La república Romana duró desde el 13 de Febrero de 1798 hasta el mes de Septiembre de 1799; la república Partenopea vivió desde 23 de Enero á 13 de Junio de 1799.

la mano sobre los bienes del clero. Dícese que á mediados del siglo XVIII las dos terceras partes del territorio italiano, y quizá más

todavía, se hallaban en posesión de las órdenes eclesiásticas: de la tercera parte restante, la porción mayor consistía en grandes propiedades nobiliarias, y una novena parte escasa del territorio estaba directamente cultivado por sus poseedores. La presión de la opinión pública, elocuentemente proclamada por los filósofos contemporáneos, obligó á los gobernantes de Italia del norte á secularizar en gran parte los bienes de la Iglesia, como se hizo también en España, en Austria y en Baviera; pero esa secularización apenas aprovechó más que á los ricos capitalistas de la burguesía y la tierra no dejó de permanecer casi inmovilizada¹.

La irrupción de los ejércitos franceses en Italia tuvo por principal resultado no modificar las condiciones económicas, sino cambiar las relaciones de servidumbre ó de dependencia señorial. El emperador de Austria resultaba ser el verdadero señor feudal de la Italia septentrional, sea directamente, sea por mediación de los príncipes que gravitaban á su alrededor. Tratábase, pues, para Francia de rechazar á los Austriacos al otro lado de los Alpes: en realidad la historia comenzaba otra vez, bajo nuevas apariencias, los movimientos de vaivén que tantas veces había oscilado al Norte entre las bocas del Mosa y las del Rin, al centro hacia las fuentes del Danubio, á la derecha en las llanuras del Po. La fuerza de ataque, los métodos nuevos, rápidos y perturbadores en el arte de la guerra, y, por último, en cierta proporción, el favor de las poblaciones cuya suerte política era el premio del triunfo, dieron ascendiente á los ejércitos republicanos, y el tratado de Campo-Formio hizo constar por cierto tiempo (1797) la humillación de la casa de Austria.

El cambio de equilibrio consistió principalmente en la constitución en Italia de diversas pequeñas repúblicas feudatarias de Francia: una república «Cisalpina», cuyo mismo nombre recordaba la antigua dominación de Roma, para la cual los campos del Po estaban «á la parte de acá» de los Alpes, tomó á Milán por capital. Una república Ligura tuvo por capital á Génova; los Estados de la Iglesia se transformaron en una apariencia de república Romana, y la sangre de San Genaro recibió la orden de liquidarse para anunciar alegremente la

¹ G. de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, VIII, p. 5.

fundación de la república Partenopea. El Directorio, ministerio dictatorial que á la sazón gobernaba Francia, había adoptado esa línea de conducta política, muy hábil si hubiese sido sincera, de agrupar alrededor de la república maternal todo un criadero de repúblicas filiales, desde Amsterdam á Nápoles, que formaban á Francia una muralla de pueblos defensores que hubiesen asegurado para lo sucesivo el equilibrio europeo. Sin embargo, esas repúblicas no eran apenas más que un nombre sin realidad objetiva, simplemente una mancha de color sobre el mapa de Europa. Creadas y conservadas por la fuerza militar, esas hijas sólo esperaban un nuevo golpe de fuerza para desprenderse de su madre. Además, ¿no estaban advertidas de la suerte que les esperaba por las proclamas del general Bonaparte mostrando á sus soldados desde la altura de los Alpes los bellos campos de Italia? «Estáis mal alimentados y casi desnudos... Voy á conducirlos á las llanuras más fértiles del mundo: allí encontraréis grandes ciudades, ricas provincias y en ellas hallaréis honor, gloria y riquezas»¹.

Esas ciudades, esas provincias fueron saqueadas, abrumadas á contribuciones y multas al mismo tiempo que se les anunciaba la libertad y la prosperidad futura. El general vencedor aturdía y asustaba á su propio gobierno con sus victorias sucesivas y repentinas como el rayo, y obraba á su antojo, sin tomarse siquiera la molestia de leer las órdenes del Directorio. Deja subsistir el poder temporal del papa despreciando sus compromisos; perdona aun al Austria y, con bajeza, por el tratado de Campo-Formio, le abandona la república de Venecia, á la que se había prometido la independencia.

Por otra parte, aquel viejo Estado que parecía venerable por su grandeza pasada, había caído en el último grado de decrepitud moral. Cuando Venecia, suplantada por Portugal y España y después por Holanda é Inglaterra, hubo perdido su comercio lejano y luego su industria, conservó las riquezas adquiridas, pero las separó del movimiento de los cambios, empleándolas en préstamos, hipotecas, usura y compra de tierras. La república prudente, que antes no hacía adquisiciones fuera de las islas y de los promontorios fáciles de de-

¹ *Proclamation d'Albenga, 20 Germinal, an IV.*

fender por mar, se ocupó en adquirir buenos territorios sobre tierra firme, y sus nobles capitalistas se transformaron en grandes propietarios territoriales. En 1780 Venecia poseía en Italia y en Istria, sobre las costas dálmatas y albanesas lo mismo que en las islas Jónicas grandes territorios poblados de unos tres millones de habitantes. Pero esas inmensas propiedades permanecían inmovilizadas en poder de sus detentadores: la corriente circulatoria general se había detenido para Venecia como para la mayor parte de las regiones italianas¹. Desde el siglo XVII los ciudadanos de la famosa república sufrieron la humillación de ver á Holandeses é Ingleses hacerles una concurrencia favorecida por el éxito en los puertos de Liorna, Nápoles y Ancona. Venecia acabó por expedir sus propias mercancías á Liorna, donde llegaban á recogerlas los cargadores ingleses que las llevaban á Oriente. Por último, en vísperas de su caída, la aristocracia veneciana vivía dedicada á las formas más bajas del comercio capitalista, el juego y la prostitución. Uno de los más bellos edificios de la ciudad estaba consagrado á los juegos de azar, y los patricios, con sus togas de magistrados, presidían como banqueros, representando la majestad del Estado, aunque no siendo en realidad más que agentes asalariados de una compañía de capitalistas judíos y cristianos. Todos los jugadores se presentaban enmascarados, en tanto que los banqueros tenían la cara descubierta².

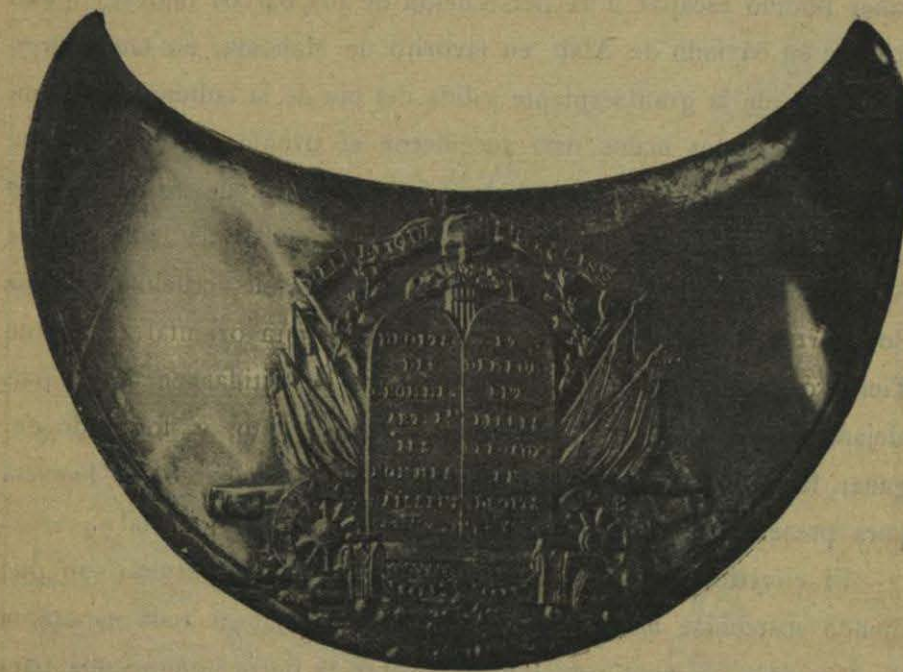
Por grande que fuera el abismo de vergüenza en que cayó Venecia por la desorganización de las instituciones de Estado en que toda iniciativa se negaba al pueblo, la vieja república no se hubiera entregado á la monarquía austriaca si la misma Francia no se hubiera encontrado en un estado de transición entre la forma republicana y el poder de uno solo. Una voluntad personal tomaba la dirección de Francia y se hacía obedecer: dictaba la conclusión inmediata de la paz con Austria para evitar que otros generales obtuviesen sobre las orillas del Rin resultados más decisivos que los debidos á Bonaparte.

Esa misma voluntad decidió la admirable y romántica expedición de Egipto. Es evidente que la masa de la nación francesa, ni si-

¹ G. de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, VIII, ps. 4 y 5.

² Daru, *Histoire de Venise*.

quiera la mayoría de un consejo de gobierno, tuvo la menor parte en aquellas aventuras quiméricas, concebidas por un jefe de ejército que aspiraba á la gloria de un Alejandro ó de un César. Sin embargo el Directorio dió su asentimiento á la ejecución de aquella fantasía, único medio de evitar el advenimiento de un amo temible, quizá con la esperanza secreta de que no volvería del peligroso viaje.



Museo Carnavalet.

ALZA-CUELLO DE OFICIAL CON LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Aunque genialmente concebida y brillantemente puesta en escena, la expedición de Egipto había de terminar por un fracaso, dado que el supuesto objetivo de la empresa era arrancar el dominio de las Indias á la Gran Bretaña y que el camino de Calcuta pasaba entonces por el cabo de Buena Esperanza: de ahí el nombre fantástico de «ala izquierda del ejército de Inglaterra» dado á las tropas enviadas al valle del Nilo. El Egipto, que había sido el intermediario natural entre el Oriente y el Occidente y que había de volverlo á ser un día, no lo era precisamente ya en la época en que Bonaparte iba á conquistarlo. La expedición carecía de seriedad: el gobierno de Francia veía en ella una prolongación de poder, un aplazamiento en el plazo inevitable de su caída; el general que se aventuraba al azar en un

país lejano sólo buscaba una falsa gloria, una conquista ficticia embellecida con recuerdos clásicos y bellas declamaciones humanitarias.

Acompañado de 36,000 soldados, á cada uno de los cuales había prometido á la vuelta de la expedición «con qué comprar seis arpentas de tierra»¹, Bonaparte obtuvo al principio fáciles victorias. Después de haberse apoderado de Malta de una manera desleal y haber podido escapar á la persecución de los barcos ingleses, pudo erigirse en enviado de Alah, en favorito de Mahoma, en taumaturgo dominador de la gran serpiente salida del pie de la columna de Pompeya²; pero los malos días sucedieron al triunfo rápido: la flota francesa fué aniquilada por Nelson en las aguas de Aboukir y el ejército fué á chocar inútilmente contra los muros de San Juan de Acre; después de una campaña horrible por sus crueldades, que Bonaparte, convertido temporalmente en déspota oriental, como un Timur ó un Murad, creía indudablemente permitidas en aquel país alejado de Europa, huyó, abandonando su ejército, y, logrando engañar la vigilancia de los barcos ingleses, desembarcó en Francia para presentarse de nuevo como el «Hombre providencial».

El ejército de Egipto quedaba necesariamente perdido, no pudiendo sostenerse más que á condición de sacrificar toda esperanza de regreso y acampar resueltamente sobre la tierra conquistada para constituirse en ella en Estado independiente, á la manera de las bandas de la Edad Media; pero los soldados franceses tenían empeño en volver á su patria, encontrándose así condenados de antemano á la capitulación, puesto que el mar estaba ocupado por los Ingleses. El recuerdo de la admirable expedición desapareció como un espejismo, no quedando de ella más que las memorias preciosas y el monumento elevado por los 175 miembros de la «Comisión de las Ciencias y de las Artes». Aquellos sabios que habían acompañado á los regimientos hasta la primera catarata para estudiar el suelo, el clima, las inscripciones, las estatuas, las tumbas y todo lo que quedaba de la antigua civilización egipcia, representaban sobre la tierra de Africa el impulso triunfante del espíritu del siglo XVIII,

¹ Proclamation du 3 Floréal, an VI.

² Entrevista de Bonaparte... y de varios muftís é imanes en el interior de la gran Pirámide... el 25 Termidor, año VI.

convertido en voluntad, gracias á la Revolución francesa. Ese concurso de investigaciones inteligentes debía llegar á la reconquista de toda una historia pasada que se creía enterrada para siempre.

N.º 436. Egipto y Siria de Bonaparte.



1 : 6 000 000
0 100 200 300 Kil.

La piedra descubierta en Rosette, y que los azares de la guerra transportaron al *British Museum*, merced á la inscripción trilingüe, puso á los investigadores en la vía de la interpretación de los jeroglíficos, y poco á poco, de inscripción en inscripción, de manuscrito

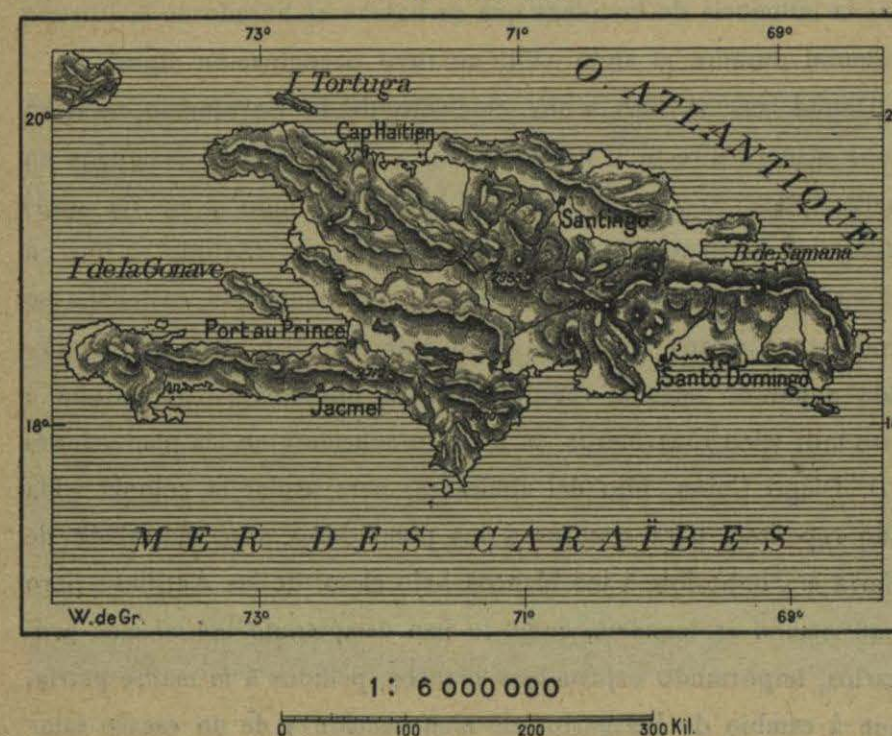
en manuscrito, se han revelado los anales del mundo antiguo. Las investigaciones de la Comisión de Egipto, de tan feliz iniciativa para el conocimiento del pasado, tuvieron una parte menor en la preparación del porvenir. Las medidas de nivelación efectuadas por Lepere para establecer la posibilidad de la construcción de un canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo dieron resultados negativos, cuyo error pudo felizmente evidenciarse cincuenta años después. Según el geodésico de la expedición, el nivel del golfo de Suez era cerca de 10 metros (9,908) superior al de las aguas pelusianas; para evitar la inundación de las playas del Mediterráneo hubiera sido preciso limitarse á construir un canal con esclusas desde el Nilo al mar Rojo. No importa, el mundo africano formaba ya parte de la zona de atracción europea, y, menos de tres cuartos de siglo después de las fastuosas é inútiles batallas de las Pirámides y del monte Tabor, Egipto volvía á ser la gran puerta comercial del Mundo Antiguo como en tiempo de los Faraones y de los Ptolomeos.

La Revolución francesa había de tener también su eco al otro lado de la Tierra. Sin embargo, la nueva república de los Estados Unidos, muy inglesa de mentalidad y de moral, apenas podía dejarse influir por un movimiento revolucionario que tenía por objeto nada menos que la proclamación de los Derechos del hombre. Habiendo conquistado su independencia gracias á los aliados franceses que se presentaron con Lafayette y Rochambeau, no tuvo el mal gusto de romper completamente con la nueva república, pero adoptó una gran reserva que el menor incidente hubiera cambiado en hostilidad. La simpatía fué mucho mayor en los pequeños grupos de la burguesía criolla, formados en Méjico, Lima y Buenos Aires, donde les alcanzaba la influencia de la filosofía de los enciclopedistas. Sin embargo, esos grupos eran de escasísima importancia numérica para que sus simpatías pudieran transformarse en actos, y no hubo sublevación de tendencias republicanas más que en las colonias portuguesas del Brasil, donde el generoso Tiradentes, con algunos estudiantes y oficiales trató en vano de proclamar la independencia nacional en 1789, el año mismo que en Francia vió caer la Bastilla. La revolución se produjo cerca de un siglo después.

En cuanto á la gran insurrección peruana, la que dirigió Tupac

Amaru «Culebra resplandeciente» y que estalló en 1780, dos años antes que la independencia de los Estados Unidos fuese definitivamente reconocida, no fué en manera alguna una rebeldía cuyo objeto fuera la emancipación nacional: aunque provocada por un insoponible régimen de opresión, fué en el fondo una guerra dinástica

N.º 437. Isla de Haiti



Durante el siglo XVII se establecieron unos colonos franceses al noroeste de la isla, y el tratado de Ryswick (1697) reconoció la división de Haiti entre Españoles y Franceses. Estos adquirieron la mitad española en 1795. Cuando fueron expulsados los Franceses se formaron Estados rivales. Desde 1844, las dos repúblicas de Santo Domingo y de Haiti poseen cada una la mitad de la isla, Este y Oeste, con Santo Domingo y Puerto Príncipe por capitales.

encaminada sencillamente á un cambio de dueño por la reconstitución del poder de los Incas. Las condiciones mismas de esa insurrección, que fué muy rápida y muy atrozmente reprimida, prueban cuán poco comparables entre sí eran entonces los medios de la América septentrional y los de la América del Sud. En tanto que los colonos de lengua inglesa, por haber hecho en su rededor una zona limpia de indígenas, no tenían que temer una liga de tribus indias que pudiera poner en peligro su absoluta dominación, los descendientes de los conquistadores, por el contrario, vivían en todas las partes de su inmenso territorio en medio de la multitud de las poblaciones so-

metidas: se hallaban inmediatamente frente á un elemento étnico movido contra ellos por el odio y el rencor, y menos enemigo de la España lejana que de los hijos de España, sus opresores directos. Por una confusión de perspectiva, debida á la proximidad de los dos continentes americanos, algunos escritores han buscado causas análogas para movimientos de origen completamente distinto. En todo caso, la influencia de las ideas que se habían elaborado en la Europa occidental durante el siglo XVIII no tuvo participación alguna.

Donde más se hizo sentir el efecto de la Revolución francesa de una manera directa y poderosa, fué en la gran isla designada en aquella época bajo el nombre de Santo Domingo y en las otras Antillas que pertenecían políticamente á Francia. Sabido es que en la Española y en los primeros años de la ocupación castellana se introdujeron negros africanos como esclavos. En 1517, la importación anual de negros, regularizada por un edicto, se elevaba á cuatro mil, y en 1522 fueron en número suficiente en las plantaciones de D. Diego Colón, hijo del almirante, para asolar la colonia. Ha solido repetirse, para excusar á los plantadores, que el trabajo de la tierra era imposible á los blancos bajo el sol de las Antillas; pero esa afirmación es inexacta, como lo han demostrado los mismos propietarios, importando «ajustados» blancos, pedidos á la madre patria, y que á cambio de los gastos de manutención y de un escaso salario, prometían trabajar para su patrón durante cierto número de años. Sin embargo, el régimen de la esclavitud africana se sobrepuso á todos los demás medios de trabajo, y los tratantes del Senegal y otras sociedades privilegiadas, inglesas, holandesas y francesas rivalizaron en celo en los siglos XVII y XVIII para la entrega de bellas «piezas de India» á los propietarios establecidos en las Antillas. Los plantadores franceses que, en la parte occidental de Santo Domingo, habían reemplazado á los Españoles, tuvieron pronto fama de poseer el mejor ganado humano, adquirido, como el de las demás colonias, por la astucia y ferocidades monstruosas. El «ciudadano» Duceurjoly, en su precioso *Manual de los Habitantes de Santo Domingo*¹, París, año X, se complace en describir los «cuatro medios

¹ Citado por A. Cone, *Nos Créoles*, ps. 24, 29.

más generalmente empleados para procurarse los negros necesarios para el cultivo». El primer medio, «y el más productivo», era el raptó. La manera de proceder era sencilla. «Ocúltanse algunos individuos en los bosques ó cerca de los caminos, esperando al confiado viajero, como el cazador espera la tímida presa; otros se emboscan en los campos de arroz y se apoderan de todos los niños que se ponen allí para espantar los pájaros; hay también quienes se sitúan cerca de



Cl. P. Sellier.

UNA AZUCARERÍA EN SANTO DOMINGO

1. Molino. — 2. Hornillos y calderas. — 3. Moldes. — 4. Vinagrera. — 5. Cañas de azúcar. — 6. Cocoteros. — 7. Palmeras brasileñas. — 8. Pajomirioba. — 9. Coles del país. — 10. Chozas de negros. — 11. Higuera.

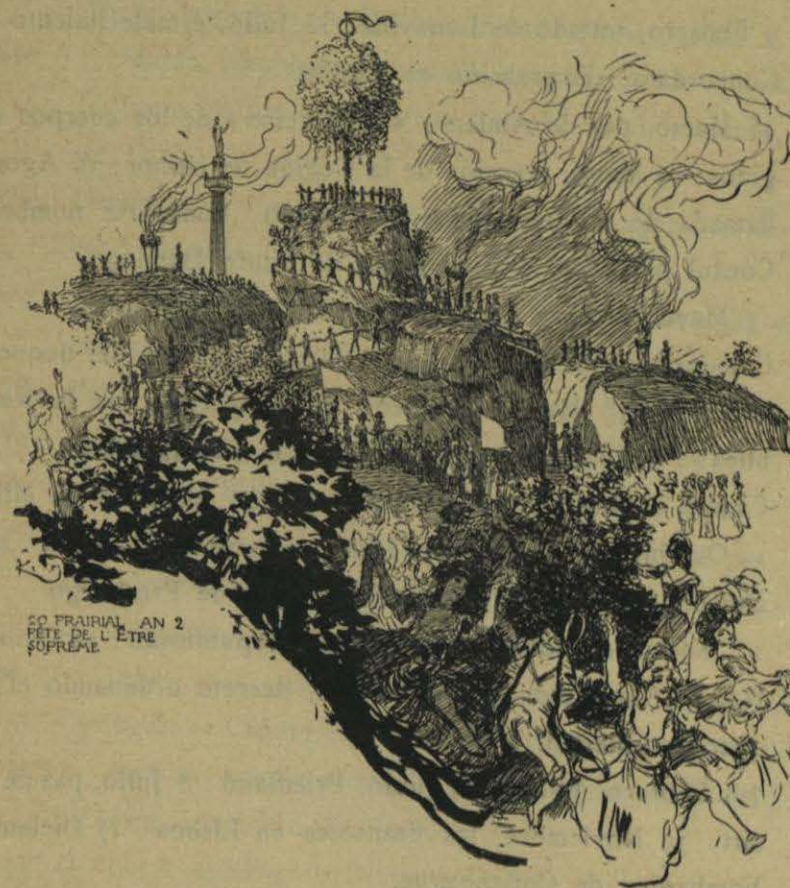
los manantiales y prenden á todos los desgraciados á quienes la sed obliga á acudir allí á beber, ó cerca de las bahías, para recoger á los que se dedican á la pesca para su alimento. Pero el puesto más ventajoso está en los prados, cuando la hierba está alta, ó cerca del sendero que comunica dos aldeas entre sí». Otro medio para procurarse esclavos, consiste en encender la guerra entre los soberanos de la Guinea. «Los vencidos que escapan á la muerte son condenados á la esclavitud... Llegan barcos, los jefes de tribus marchan en seguida á la conquista de algunos cantones, queman las poblaciones, devastan los campos y llevan cautivos todos los habitantes, á menos que, víctimas de su avaricia, no se conviertan ellos mismos en presa del tratante».

En tercer lugar puede «excitarse á varios soberanos contra sus propios súbditos». Por último, el medio final y más ingenioso es «reemplazar las antiguas penalidades impuestas por crímenes y delitos entre las naciones negras por la pena única de ser reducido á esclavitud y vendido... Se multiplicaron los crímenes para multiplicar los culpables. Los soberanos tenían gradaciones sutiles en los delitos para establecer los correspondientes castigos; estatuían que los delitos graves costarían la libertad, no sólo á los culpables, sino á todos los varones de su familia, á su familia entera, á sus amigos y tan lejos como quisieran extender su rigor despótico. Se vendían también los deudores insolventes, y en la costa los mercaderes tenían reservas de niños con los que traficaban en cuanto llegaban á la edad del trabajo.

Semejantes atrocidades debían conmover á la nación que, por sus representantes, acababa de proclamar los Derechos del hombre con delirante entusiasmo. Y sin embargo, apenas se levantaron algunas tímidas voces en pro de aquellos negros, ¡los más oprimidos entre los hombres! Lo que se llama los «derechos adquiridos», es decir, los crímenes tradicionales, se imponían á los filósofos más generosos; no se osaba tocar á la propiedad de los nobles y fastuosos sátrapas que tan fácilmente ganaban millones con el trabajo ajeno, y á quienes se había visto á veces en París abrir tan generosamente la mano; no se osaba despojar á tan poderosos aristócratas, pero éstos, cuya conciencia no estaba tranquila, protestaban de antemano contra una expropiación que parecía lógicamente inevitable y comenzaban ante todo la persecución cruel contra los hombres libres de color que se permitían reivindicar su derecho al voto: el mulato Vicente Ogé, en castigo del delito de haber querido votar, sufrió el suplicio de la rueda. El furor de los propietarios se convirtió en locura cuando la Asamblea Constituyente, en 1791, sin cuidarse del derecho de los negros, creyó, no obstante, que debía conceder á las gentes de sangre mezclada, nacidos de padre y de madre libres, el privilegio de formar parte de las asambleas coloniales. Entonces la mayoría de los blancos de Santo Domingo decretó la separación de Francia, culpable de haber promulgado la «Declaración de los Derechos del hombre», y así como los emigrados de Coblenza se aliaban á los Prusianos y á los Imperiales contra la Revolución, así también, y bajo la presión

de los intereses de casta, los plantadores de Santo Domingo se hicieron Ingleses ó Españoles contra la madre patria.

Los negros se agitaban á su vez como se habían agitado los hombres de sangre mezclada ya libres, y, tomando el negocio de su emancipación en sus propias manos, se emanciparon por sí mismos, cazando y matando á sus amos. Entonces, pero sólo entonces, la República francesa, reconociendo el hecho consumado, proclamó, aunque tarde, la igualdad de las razas ante el derecho humano. El representante Santhonax, que anunció la buena nueva, fué rodeado y adorado como un dios. Un ejército de negros, dichosos y libres, se precipitó á la conquista de todo el territorio de la isla, de donde expulsaron á Ingleses y Españoles. Se ha solido injuriar después á los que, á ejemplo de Dupont y de Robespierre, dicen: «¡Perezcan las colonias antes que un principio!», pero aquella vez, precisamente por observar el principio, la República conservó triunfalmente su colonia y hasta dobló su extensión, y algunos años después, por haber violado el principio se perdió definitivamente la colonia para Francia.



50 FRAIRIAL AN 2
PÊTE DE L'ETRE
SOPRÊME